

VIX OTITAO  
CAPÍTULO XIV.

CAPÍTULO XIV.

Pocas veces había visto Andalucía ejército semejante. Mandábalo un duque tal como Medina-Sidonia, quien, para en todo asemejarse á los reyes, hasta escuadras dirigía. Estaban los principales caballeros andaluces á la cabeza de cada hueste. Erguíase D. Alonso de Aguilar entre todos, aquel caudillo que á sus innumerables heredados señores, acababa de juntar las alcaidías de Alcalá y Antequera, el título de juez mayor entre moros y cristianos fronterizos, la dignidad del noble alguacilato de Córdoba. Por él debieron escribirse las romancescas frases repetidas en todos los libros caballerescos, de que su descanso era pelear. Su cama, cubierta de rica holanda, rara vez recibía en los mullidos colchones aquel su cuerpo metido en el hierro de su fuerte armadura, la cual era como parte integrante de su esqueleto, según lo fuertemente adherida siempre á su persona. Engendrado



en la guerra; nacido para la guerra; puesto desde su niñez en condiciones de que la lucha fuese tan esencial á su vida como la respiración, peleaba en todas partes y á todas horas; ya en correrías contra los fronterizos, ya en batidas contra las fieras; según lo que demandaba de los nobles y de los grandes aquella inclemente centuria, en la cual moría el feudalismo y comenzaba la realeza. Con los Aguilares iban los Girones. Tampoco estos podían contar las plazas que asediaban, las batallas que mantenían á la continua. Diríase que tenían alas, pues más que subían, volaban por los escalamentos en los asedios. Temblaban los moros el tajo de sus espadas, como si sus espadas fueran rayos; pues no había cimera ninguna que resistiese al golpe de sus mazas, ni arnés impenetrable á sus puñales. Descendían de aquel caballero, que dió á un rey de Castilla su caballo, para que pudiese, en tremenda rota, salvarse, mientras él aguardaba la muerte. Los Girones, unidos á los cruzados alhameños, eran gemelos y tan hermosos, por lo blancos y por lo rubios, que les llamaban en todas partes los dos ángeles. Y en efecto, parecían recién venidos del cielo por su varonil dulzura, si no llevaran en el cuerpo alma tempestuosa forjada por el destino para los odios y las desolaciones de la guerra. Habíalos educado aquel marqués de Villena, cuyo conocimiento de las ciencias químicas y físicas, y cuya copia de letras, le habían valido el título de mago y hechicero en la rudeza propia de tales apar-

tados siglos. El conde de Cabra, enlazado con la poderosísima familia de los Mendozas, á cuya cabeza estaba nada menos que todo un duque del Infantado, ese conde de Cabra, igual por su grandeza y por su poder á los marqueses de Cádiz y á los duques de Medina-Sidonia, llevaba pendones gloriosísimos en la empeñada contienda. No lucía menos la gallardía de su persona y el esplendor de sus divisas el alcáide de los Donceles, D. Diego Fernandez de Córdoba. Eran estos Donceles unos mozos destinados desde los tiempos de Alonso el oncenno á servir la persona del Monarca en su cámara misma y acompañarle á la guerra, privilegio de que sólo gozaban durante su mocedad. Los vasallos del señorío de Alcaudete iban dirigidos por su cuarto conde D. Martín Alonso, y los que vencieron en los Alporchones, iban mandados por Garci-Fernandez Manrique. Hasta el inquieto y célebre arzobispo toledano D. Alonso Carrillo había mandado para que alcanzasen aquí en esta vida honra y en la otra gloria, sus sobrinos los condes de Buendía. El hecho alcanzó tal grandeza, el ejército número tanto, la reunión de los caballeros andaluces tan desmedida importancia, que los Reyes Católicos, á la sazón detenidos por negocios del Estado en Medina del Campo, comprendieron como necesitaban personarse allí en aquel sitio y tomar la dirección de aquellas huestes, si no querían que la nobleza levantisca de las tierras andaluzas eclipsase la brillante luz y menguara el gran poder de



su naciente Monarquía. La Reina Isabel se veía imposibilitada por completo de acudir á tamañas empresas por su avanzadísimo estado de preñez; pero el Rey, sin curarse de otra cosa que de su poder monárquico forzado á desceñirse de los férreos lazos feudales para fundarse con robustez sobre los cimientos de su autoridad propia, corrió á uña de caballo hacia su Alhama y tuvo que detenerse ya cerca del fin de su viaje y en tierras de Antequera por haberle á una los nobles expuesto cuantos riesgos corría de presentarse allí donde todo parecía estar en contra de la cristiandad y en favor de la morisma.

Mas la voluntad humana vence muchas veces al destino. Hacem debió comprenderlo así cuando, rota la escalada que había intentado; rechazadas las huestes que había dirigido á privar de agua y otros sustentos á los cristianos; frustradas todas las tentativas, á pesar de la inteligencia con que las concibiera y de la pericia con que las mandara, se halló completamente privado de recursos y á merced ¡oh desgracia! de que los cristianos mandaran auxilio á los suyos y le atacasen por uno cualquiera de los flancos, eventualidad en la cual no le quedaba salvación alguna posible. Pero en tales angustias ¿cómo retroceder sin que Granada fuese para él tan nefasta y tan adversa y tan enemiga, con ser de los árabes, como aquella inexpugnable Alhama, poseída ya por los cristianos? ¡Ah! No dormía ni descansaba el Sultán granadino. Según

lo flaco y mustio, parecía sombra de sí mismo. En los arrebatos de su cólera los ojos le salían de las órbitas y las manos se le iban de suyo y por propio impulso á mesarle las barbas y el cabello. ¿Cuál no sería, pues, su arrebato de horrible desesperación, cuando le dijeron sus avanzadas que se veía cerca de allí un ejército cristiano, cuyas banderolas podía columbrar con sus propios ojos, ejército innumerable? El despecho le hubiera roto el corazón, de no ser aquel hombre tan fuerte y no hallarse forjado para la triste adversidad por los incontrastables decretos del destino. Al Oriente aparecían las primeras banderolas de la vanguardia cristiana, cuando al Occidente desaparecían las últimas banderolas de la retaguardia ismaelita.

Imagináos cómo recibiría Granada, en aquellos nefastos momentos, al triste y humillado monarca. Mientras el campamento cristiano ardía en fiestas y semejaba un torneo regocijante, más que un campo de luchas y de sangre, Granada, como la Jerusalem del Profeta, se vestía con el saco de los penitentes y se precipitaba en la ceniza de los muertos, asemejándose aquella ciudad, ebria de goces en los primeros días del reinado de su señor, al cadáver de una hurí mahometana ó de una bacante griega. Por todas partes resonaban los sollozos de la desesperación, porque por todos los cielos se veían relampaguear las amenazas de una próxima tempestad. Mientras en el campamento cristiano los dos grandes rivales hereditarios, el



duque de Medina-Sidonia y el marqués de Cádiz, se abrazaban, jurando no separarse jamás y confundir sus banderas y sus almas en la común defensa de su adorada España; mientras estos propósitos de paz reinaban allí donde resplandecía la Cruz; en las calles granadinas veíanse dibujadas ya como en las obsesiones de fantásticos ensueños atravesados por terribles pesadillas, los bandos varios y los partidos opuestos, cuyas discordias y encrespamientos habían de dar al traste con la pobre moribunda monarquía de los desventurados musulimes. Hubo en el campamento cristiano algunas competencias por el reparto de tan crasos despojos como los recogidos en la victoria sobre una ciudad tan rica y de potentados tan excelsos y numerosos como Alhama; pero todo lo cortó la previsión y autoridad incontrastable de los jefes; mientras en Granada el odio, el desaliento, el terror producido por los recientes infortunios indisponía tribus con tribus, calles con calles, familias con familias, reinando por doquier la discordia.

No se podía ocultar al experto Hacem la terrible situación de su amada capital. Así, cuando al atravesar las calles granadinas, vió cómo las miradas, mas que las palabras, le pedían cuenta de los fieles, á sus ambiciones inmolados en los nefastos campos, y al entrar en su áureo y soñado alcázar, sintió cómo las paredes maravillosas de ligeros encajes y las bóvedas milagrosísimas de pintadas estalactitas resonaban con los quejidos del dolor,

cayó en la cuenta de que no podía resignarse así de grado á su derrota y necesitaba volver nuevamente y con mayores bríos en pos de su Alhama para rescatarla y redimirla. En su astucia, porque tal cualidad acompañaba indudablemente á la valentía y á la fortaleza en Hacem, atribuyó la desgracia de su regreso al abandono en Granada de su artillería, proponiéndose acudir con todas sus fuerzas y con todas sus armas á la renovación del empeño, tanto más, cuanto que, los vencedores habían dejado tan formidables fortalezas con escaso presidio. Era imposible, de todo punto, en sentir suyo, oponer grandes resistencias á enérgicos y bien combinados ataques. Así, volvió á congregarse poderoso ejército, dotándolo esta vez de todos los recursos y de todas las armas indispensables al buen éxito de tan porfiada empresa. Pregonó por doquier que la retirada de los cristianos y su repliegue al centro de las tierras andaluzas equivalía en el fondo á su verdadero abandono y se propuso lucir los aprestos de la guerra cruel como si fueran vistosos alardes para una parada ó lujosos arreos de mentidas y fantaseadas justas. Una mañana citó á todos los granadinos para que pasasen á su lado revista de las tropas y á su lado se persuadiesen del número, de la calidad y del armamento á fin de que no dudaran jamás, como no dudaba él mismo de los resultados inmediatos que iban á conseguirse con la pronta y próxima reivindicación de su Alhama.



Pasó, caballero en su más preciado trocón de guerra, el cual parecía enorgullecido con sus áureos arreos sembrados de pedrería y con sus gualdrapas de púrpura y tisú que relumbraban como las reverberaciones del sol al llegar su ocaso tras los montes de Loja en tarde serena de granadino estío. Los anchos estribos, sobre los cuales descansaban sus regioes piés, valían dos coronas de las pérdidas por los fieles al Islám en las tierras del Andalus. Túnica de no menor precio; jaique bordado por manos de huríes en el harem; botas curtidas en el reino de Fez y realzadas con sedas de mil colores; alfanje de Damasco, en cuyo mango los esmaltes más lucientes en matices varios y en líneas intrincadas, se mezclaban con la más rica pedrería; turbante blanco propio de los Califas, y sobre aquel turbante casco reluciente, propio de los reyes, uno y otro con leyendas del Koran y amuletos y preseas para conjurar los maleficios y traer el bien, adornaban de tal suerte á su persona, que parecía un sér sobrenatural salido de lejano santuario y revelado con tal esplendor á los mortales para que se avasallasen y rindiesen á su inteligencia divina y á su voluntad omnipotente. Por la carrera del Darro, frente á los manantiales que las ramas de umbrosos avellanos guarecen; al pié de aquellas torres bruñidas y pulimentadas por el sol como corales gigantescos, extendíanse jinetes é infantes, asistidos con todos los arreos de la pelea, con arcos, arcabuzes, picas, azadones, rodela esmalta-

das como el Iris, escudos grandísimos de hierro, cascos á la usanza cristiana, otros orientales, ciméras, plumajes, divisas, banderolas, lanzas, enseñas, que podían parecer á los ojos más pesimistas y conturbados por el dolor de la derrota, flores de una primavera que guardaban, allá en sus pétalos y en sus cálices, los prometidos y esperados frutos de una incontrastable victoria. Eran de ver los cerros coronados de infantes en vistosa formación; el campo denominado ahora los Mártires, pintada llanura, con sus africanos corceles, que piafaban y relinchaban de gozo, con sus jinetes vestidos de todos colores y armados de todas armas, como hemos dicho; era de ver todo aquello aparejado para que pudiese abrirse á presentimientos de felicidad y anuncios de ventura, el contraído y amargado corazón de Granada. Pero cuando los soldados más alardeaban, y las armaduras más relucían, y los añafles, atambores y atabales más resonaban, oscurecióse de súbito la bóveda celeste como si el ángel de las tinieblas hubiese apagado el sol ó extinguido el día; y vino con apresuramiento sobre las frentes mismas de los milites regocijados en el fingido alarde, oscura nube semejante á la que trajera en otro tiempo el diluvio universal á la tierra y ahogara según tradiciones comunes á todos los pueblos orientales en sus torbellinos tempestuosos á la misérrima humanidad. Hinchado el Darro por las cataratas del cielo salió de madre; y rebasando por doquier, llegó á



las alturas mismas de las torres y ahogó en los lagos, en los torrentes improvisados, á muchos de los reunidos para ver el triste alarde rematado por una confusión espantosa de la cual quedó memoria en la entristecida Granada. Muchos de los que guardaban fidelidad á la religión tradicional del Profeta, se reunieron en aquella calamidad bajo las bóvedas de las mezquitas, y allí mezclaron las alabanzas al omnipotente Alah, con las imprecaciones al desdichado monarca.

Otro cualquiera hubiese retrocedido á este horrible presagio, pero no Muley Hacem, resuelto á forzar y violar la fortuna y á combatir con el Destino. Púdolo todo aquel hombre de férrea voluntad; reunir ejército sobrado en la mayor penuria; proveerlo de armas en los apuros de un tesoro exhausto; domar la cólera de Granada, rota en mil fracciones, y dividida en bandos innumerables; pero no pudo coger desapercibidos é inermes á los vigilantes defensores de Alhama. Ya que la otra vez, por falta de artillería no quiso acometer la empresa con el deseado empuje, llevó ahora gran número de lombardas, cuyas bocas vomitaron fuego espesísimo sobre la ciudad recién bautizada por las aguas del bautizo católico. Los tiros de artillería no hicieron mella en el muro de Alhama, ni en el ánimo de los nuevos alhameños. Así Hacem intentó alcanzar por una conjuración y por una treta lo que le negaba un combate abierto y frente á frente. Corrido y avergonzado, allá en su interior, de la tardanza en re-

conquistar una ciudad cuyo rescate prometiera mil veces á los musulimes, Hacem se golpeaba la cabeza pidiéndola ideas, como el hierro le pide fuego al frío pedernal. Pero las ideas no sobrevenían de ningún modo en aquella noche de su inteligencia y en aquel agotamiento de su corazón. Por fin, cual supremo y último recurso, vino á las mientes el sorprender á la inaccesible Alhama en su profundo sueño, cual había sido por sus enemigos sorprendida. Reunió, pues, con tal propósito, en su tienda, con el mayor sigilo, á los adalides más probados, á los campeadores más valerosos y á los jóvenes más resueltos de su numerosísimo ejército, para proponerles una empresa de peligroso comienzo y de venturosa y bienhadada salida. Atentos y aun absortos los primates musulimes tenían sus oídos para escuchar las proposiciones y proyectos de aquel magno general, y se les cayeron á todos abatidas las alas del alma, sabiendo que, según su leal entender, no quedaba recurso alguno mas que los imposibles asaltos, para cuyo logro y feliz remate necesitábase cavar en la tierra como los animales que buscan las sombras y las tinieblas, ó volar por los aires como las más audaces y más atrevidas aves. Pero mahometanos, y constreñidos por tanto á rendir su cerviz á la fatalidad; vasallos, é incapacitados por su vasallaje, parecido á servidumbre, de dar consejos ó advertencias; soldados, y por soldados sujetos á toda la severidad terrible de una incontrastable disciplina ¡oh! nin-



guno entre todos ellos fué osado á decir que aquel proyecto sólo podían sugerirlo, después de todo cuanto había pasado, la demencia y la desesperación. Resignáronse, pues, á callar y obedecer y cumplir como buenos la imposible consigna.

Era de noche, muy de noche, y sólo se oía de vez en cuando en la oscuridad y en el silencio los alaridos de los centinelas, los ladridos de los perros, los gritos de las lechuzas y de los buhos, los castañeteos de las ranas. Una procesión de sombras, pues tal parecían los consignados al postrer asalto, dejaba el campamento moro, y se dirigía sigiloso á los codiciados adarves, fiando en la incuria del enemigo, que debía, por lo contrario, estar, y estaba realmente, muy apercibido y despierto. Llevaban estas sombras en sus manos las escalas, que aplicaron al punto más ágrío en busca de la torre más enhiesta. Ningún defensor de Alhama, en aquel momento, podía imaginarse que viniese la inevitable arremetida por lado tan dificultoso. Había en la mitad matemática del camino, desde los abismos profundos á las altas almenas, un tajo, donde unas escalas podían terminar y otras apoyarse sin grande ruido capaz de despertar á los sitiados. A mayor abundamiento, el centinela de aquella parte, ataraceado por el exceso de fatiga que le procurara el exceso de trabajo, habíase dormido á pierna suelta cuando le despertó terrible puñalada, que le abriera honda herida en el pecho. Al grito de aquel desgraciado, un compañero suyo, que cerca dormía, se

despertó y tuvo, al despertarse, por milagrosa intuición, conocimiento súbito del inesperado riesgo. Despavorido, se fué presuroso adonde había gente dispuesta, y le gritó que la ciudad acababa de ser acometida y entrada por sus mayores y más altos adarves. El cuerpo de cristianas guardias, avisado por el centinela, se lanzó á la calle; y de manos á boca dió con cuarenta campeadores granadinos, que blandían sus alfanjes y esperaban mayor número de combatientes merced á las bien apercibidas escalas. Dividiéronse los caudillos cristianos, cuya serenidad no pudo turbarse al golpe inesperado de la sorpresa, yendo los unos al sitio ya conocido del escalo, y sustentando los otros su porfía con los audaces llegados al seno de la plaza. Tal disposición, tomada con absoluto dominio de sí mismos en aquel amargo trance, decidió de la victoria. Las escalas fueron cortadas, y los que subían por ellas aplastados contra las piedras, como se aplastan los racimos en los lagares bajo los piés del vendimiador. Muley, si no pudo ver en las sombras de la noche los cuerpos precipitados desde las alturas á los abismos, en guisa de ángeles rebeldes caídos desde los cielos á los infiernos, pudo sí oír los ayes de la desesperación suprema en la terrible agonía y los choques de los caídos contra las piedras y el descoyuntamiento de los huesos. Ya no había remedio. Los cuarenta llegados al centro de Alhama sucumbieron todos, y Hacem tuvo que retirarse herido en el corazón y desengañado de su estrella.